

Rafael Sagredo Baeza, *LA HISTORIA MÍNIMA DE CHILE*.
Madrid, Ed. Turner, 2014, 298 páginas.

José Antonio González*

Fue Marcelino Menéndez Pelayo, el famoso autor hispano de la “Historia de los heterodoxos españoles”, quien afirmó que Chile era país de historiadores. Desde entonces, hace más de 100 años, nuestra historiografía ha abordado, como era de esperarse, nuestro pasado no solamente como un esfuerzo individual o una tarea colectiva o desde distintas interpretaciones o partiendo desde épocas seleccionadas arbitrariamente. Algunas de estas obras han tenido el reconocimiento de la crítica, por su cuidado estilo y claridad expositiva, otros por constituirse en modelos de una visión ideológica, un par por ser el paradigma de un método historiográfico, no faltando aquellas que han recibido por los lectores el favor del éxito editorial. Así, podemos acomodar en lo primero



lo realizado por Jaime Eyzaguirre; en lo segundo, se pueden consignar Alberto Edwards, Hernán Ramírez Necochea; en lo siguiente lo aportado por Diego Barros Arana, Ricardo Donoso, Sergio Villalobos o Luis Vitale y por último, sin desmerecer otras cualidades,

Francisco A. Encina, Gonzalo Vial o Gabriel Salazar- Julio Pinto.

Existen en la última década otros esfuerzos editoriales que han abordado la historia de Chile por destacados historiadores, que han sobresalido por importantes monografías. Pero, han dejado un sabor de profundizar a veces aspectos cuyas líneas gruesas se sabían o bien han optado por omitir otros rincones que podrían ser interesantes al lector.

* Universidad Católica del Norte. E-mail: jagonzal@ucn.cl.

¿Cómo escribir? y ¿Para quién escribir?. Ortega y Gasset, que fue un maestro en el estilo, al igual que Azorín, enseñaba hacerlo con llaneza y claridad no olvidando que el gran público se le conquista de esta manera. La historia narrativa, tan vilipendiada por Lastarria, ha vuelto en sus reales para cubrir lo que sucedió en la historia, no planteando historias seriadas sino el pálpito cotidiano, casi la microhistoria que apasiona, atrapa al lector. Así se forma una opinión pública y una versión de lo que aconteció. No entremos en el área epistemológica de la certeza de lo que se brinda.

Hay monografías que se han redactado para los especialistas pero no han logrado penetrar ni menos alterar la imagen que el público tiene de un suceso, de una coyuntura y menos de un proceso de larga duración.

La percepción que se pueda tener de lo que es relevante, hoy se exige por las nuevas generaciones una economía de palabras/letras y una iconografía que pueda resumir la argumentación. La rapidez con que se vive, la sensación de lo efímero que nos persigue y acorralla, hace que una historia-al estilo de la viejas entregas de folletines- como fue la Encina, que se prolongó años, hoy día no pueda interesar, salvo que la entrega sea gratis como ocurrió con la obra de Encina en la década de los 80 que iba incluida en una revista de tiraje nacional.

Hay ideas arraigadas sobre acontecimientos que las nuevas investigaciones han revisado y han logrado, a veces, modificar el periodo; otras no. Un ejemplo de lo primero fue el revisionismo que se hizo sobre

la guerra de Arauco, que logró remover su significado que nos legó la historiografía positivista. No logra modificarse el papel del proletariado en la pampa salitrera que nos trazó la novelística de la generación del 38 y la primera historiografía marxista, la de Segall, Jobet y Necochea. Pero no todos los pampinos participaron en las huelgas, estuvieron en las masacres o se afiliaron a las organizaciones proto sindicales.

De ahí, el desafío que tiene escribir una historia de Chile. Es una oportunidad, un desafío, que el lector o el especialista, validará en sus méritos, sea en su prosa o en el caudal de fuentes empleadas.

Rafael Sagredo Baeza ha asumido esta tarea, en el marco de la Colección Historia Mínima del sello del Colegio de México y la Editorial Turner, y nos entregó en el año 2014 su versión de Chile.

Trabajos específicos acometidos por el autor, le sirven de preliminares para abordar determinados capítulos, como son las páginas de Claudio Gay, la expedición de Malaspina, Darwin, entre otras, para entregarnos entre descripciones y reflexiones sobre la particularidad de Chile, en su estabilidad institucional desde el siglo XIX, o cómo se encaró por la elite dirigente la imagen que debía brindarse de Chile ante el mundo europeo: qué cosa mostrar, cómo hacerlo y qué materias asignarle un significado. Ahí comenzó, con nuestros pueblos originarios, principalmente el mapuche o araucano, como afirma, el dejo de superioridad, el de argüir como parte de nuestro pasado-los mapuches y el sentido de libertad agujoneando al imperio opresivo de los españoles- para seguidamente cubrir con un manto de

silencio, pues no se avenía con la noción de progreso, civilización, que debía exhibir Chile ante el viejo continente.

Sagredo ordena sus capítulos de modo tradicional- a veces, cierta ingeniosidad en los rótulos puede llamar a desengaño al lector- y nos ofrece un panorama ameno, ágil en su relato, con cifras ponderadas que avalan sus afirmaciones. En tal sentido, son interesantes sus capítulos dedicados a la hospitalidad, como los viajeros ponderaron las tertulias y atenciones brindadas por los sectores acomodados o derechamente la aristocracia, pero se habría agradecido consignar las observaciones críticas de los mismos sobre el inquilinaje, la pobreza, la marginalidad; asuntos que podrían inferirse-dado que no se alude explícitamente- en los apartados sobre la morbilidad, atractivo para la sensibilidad actual en cuanto a visualizar indicadores de calidad de vida. Y nuevamente, nos encontramos con la misma paradoja cuando se trata de las condiciones sociales de los siglos XIX y XX: nos quedamos con las adversas condiciones laborales, remunerativas, las reivindicaciones, olvidando la importancia de la vivienda obrera, que permitiría comprender al no nortino, cómo se vivía en la pampa salitrera (hubo cinco tipos de materiales para la vivienda) y la importancia que tuvo- y tiene- la memoria de prueba en Leyes de Arturo Alessandri, referida a este tema capital de la calidad de vida de nuestra población. Un apartado sobre el mundo de las creencias, tanto de las ideas políticas como de los credos religiosos, nos hubiera brindado los distintos caminos que ha seguido la nación cuando se derrumbó la hegemonía conservadora-católica en el siglo XIX y cuáles fueron los trazos para

emprender nuevas formas de convivencia social con los valores de tolerancia religiosa, en una fragmentación que nos da la pauta para comprender la disolución de lo comunitario y la emergencia de la individualidad presente. Importantes son sus puntualizaciones sobre la educación y el acceso de la población a ella, y el valor de las reformas de Frei y Allende en dicho campo y el debate nacional que levantaron determinadas iniciativas, principalmente la ENU. De igual modo, su acercamiento al régimen portaliano y las anotaciones de viajeros. ¿Se puede entender la clase media de nuestras urbes sin la migración europea? Si bien se menciona esta relación, bien pudo, dado la cantidad de estudios sobre el tema, aportar un par de líneas para ilustrar el fenómeno, principalmente de la inmigración italiana, española, alemana, por citar algunos referentes

Hay capítulos muy logrados por su síntesis y sugerir pistas, como los dedicados a la organización republicana, la capitalización básica, la expansión nacional, la sociedad liberal, crisis y recuperación de la democracia, donde el autor discute determinados postulados y se atreve a realizar comparaciones con otras naciones del continente.

En fin, es un libro que contribuye, por un lado, a acercar a nuestros connacionales a seguir interesándose por nuestro pasado remoto, mediato y más próximo y, por otro, a visualizar en otra futura historia, cómo articular el discurso para no entregar algo que este libro ya nos dio a saber. Un libro cuyos méritos además reforzará el beneficio que tiene la lectura: no ser el mismo después de haberlo leído.

